Breve historia de la Caballería medieval

Manuel J. Prieto

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la Caballería medieval*
Autor: © Manuel J. Prieto
Director de la colección: Luis E. Íñigo Fernández

Copyright de la presente edición: © 2017 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Onoff Imagen y comunicación
Imagen de portada: Arbo, Peter Nicolai. Detalle de: *The Battle of Stamford Bridge* (1870). Nordnorsk Kunstmuseum, Noruega.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-841-2
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-842-9
ISBN edición digital: 978-84-9967-843-6
Fecha de edición: Marzo 2017

Impreso en España
Imprime: Liber Digital Impresión
Depósito legal: M-3101-2017

A mi mujer, Esther,
por un abrazo.

Índice

Introducción 13

Capítulo 1. Evolución de la caballería 17
La época de Carlomagno, rey de los francos 20
El vasallaje, la base de la sociedad medieval 23
El origen de la caballería medieval 25
Las Cruzadas 28

Capítulo 2. El papel del caballero
en la sociedad medieval 35
El feudalismo 36
La sociedad de los tres órdenes 40
El poder de los caballeros
en la sociedad medieval 44
El libro de caballería de Ramón Llull 50
El código de honor de los caballeros 54

Capítulo 3. El camino del caballero 57
Educación y servicio en las grandes casas 58
La ceremonia para armar nuevos caballeros 60

Nuevos caballeros antes de la batalla 62
Entrenamiento en las armas 63
Cómo montar a caballo
y cargar contra el enemigo 66
Jóvenes y escuderos 69

Capítulo 4. Armas y armaduras 73
La espada 74
La lanza 78
Otras armas 81
La cota de malla 84
Armaduras 88
La protección de la cabeza 95
Los escudos 102

Capítulo 5. La caballería en combate 105
Mercenarios, al servicio del mejor postor 107
Organización y formaciones en combate 110
Los rescates a cambio de caballeros prisioneros 118
Tácticas de combate 120
Los primeros ejércitos regulares 124

Capítulo 6. Grandes batallas
de la caballería medieval 127
La batalla de Hastings (1066) 127
La batalla de Hattin (1187) 133
La batalla de las Navas de Tolosa (1212) 142
La batalla de Legnano (1176) 151
La batalla de Crécy (1346 157
La batalla de Nájera (1367) 163
La batalla de Aljubarrota (1385) 169
La batalla de Grünwald (1410) 176
La batalla de Agincourt (1415) 180

Capítulo 7. Templarios, hospitalarios
y otros monjes guerreros 191
El origen del Temple 192
Ingreso en la orden 195
La ceremonia de ingreso 199
Las reglas de los templarios 201
La misión militar
de los caballeros templarios 202
Las ropas de los caballeros del Temple 205
Las armas templarias 207
Los caballeros de la orden hospitalaria 208
Los caballeros teutónicos 211
Las órdenes de caballería en la península ibérica ... 213
Las órdenes laicas 214

Capítulo 8. Los animales 217
La importancia de los caballos 219
Los distintos tipos de caballos
usados por la caballería 221
Las protecciones del animal 224

Capítulo 9. Heráldica, las vestimentas
y los colores 227
El origen de la heráldica 228
La información que transmitía la heráldica 233
El papel de los heraldos 237

Capítulo 10. Torneos, justas, desafíos
y hechos galantes 241
Del entrenamiento militar al evento social 244
Los participantes en los torneos 248
Pasos de armas 250

Capítulo 11. El declive de la caballería 253
Los cambios sociales 254
Los cambios militares 255
La aparición de los ejércitos regulares 260

Capítulo 12. Caballeros medievales,
fuera del tópico 263
Caballería pesada mongola 264
Caballería musulmana 268
Caballería bizantina 271
Caballeros góticos 273

Capítulo 13. Mitos y caballería 277
El cantar de Roldán 278
Amadís de Gaula 280
Los trovadores 282
El rey Arturo 285
El Cid 290
San Jorge 295
Beowulf 298

Glosario 303

Cronología 307

Bibliografía 313

Introducción

Es innegable que la guerra es un elemento esencial de la historia, pero aun así hay épocas en las que esa influencia ha sido aún mayor, y la civilización y las estructuras sociales de la Edad Media son uno de estos casos. Así, no es de extrañar que la visión que la cultura popular tiene de esta época esté asociada a uno de los elementos clave de ese mundo bélico: el caballero. Junto con los castillos, probablemente sean los dos iconos más representativos de esta época. Con un pie apoyado en la realidad histórica y con otro en la imagen ideal que ha generado la ficción a través de los libros y del mundo del cine, el caballero medieval ha arrastrado hasta nuestros días un mundo épico, cargado de honor, de amor cortés, de guerra y valentía.

Como veremos a lo largo del libro, y desde un punto de vista puramente histórico, el caballero medieval significó en gran medida todo lo que se le atribuye, ya que no

sólo fue un personaje esencial en las batallas medievales, sino que también se acabó por asociar el ser caballero con la relevancia social y con la nobleza. Así, no es de extrañar que en torno a esa forma de vida giraran gran parte de los grandes acontecimientos medievales, ya que, en una época bélica, el caballero jugaba un papel fundamental en la guerra. Y, por otra parte, cuando la nobleza y los aristócratas forman también parte de la caballería, la propia historia está protagonizada por ellos.

En este libro veremos cómo nació la caballería medieval y cuál fue su cometido en la sociedad de ese período, cómo fue ganando el lugar predominante al que hacíamos referencia. Esa responsabilidad social también les exigió el cumplimiento de un ideal, o al menos el acercamiento a ese ideal, donde la lealtad, el honor, la fe y el valor, entre otros, eran requisitos básicos. Por todo ello, llegar a ser caballero no era fácil y una vez conseguido, ser reconocido y adquirir prestigio era aún más complicado. Todos estos aspectos serán tratados en el libro, para comprender cómo y por qué la historia fue así.

Volviendo a la imagen popular que en la actualidad tenemos de estos hombres, sus animales, sus armas, sus armaduras, la heráldica... todo esto tiene una razón de ser y una evolución, aspectos que repasaremos para que el lector pueda comprender qué hay detrás y cuál fue la utilidad de cada elemento. Siendo la caballería un cuerpo principalmente bélico, es obligatorio revisar sus tácticas en combate, sus ventajas y sus inconvenientes en la batalla. A través de un recorrido por algunas de las batallas más importantes de la Edad Media, comprobaremos qué ocurrió en la realidad y cómo cambió dicha realidad con el paso del tiempo.

También hay sitio en el texto para las órdenes militares, como los templarios, para los mitos, leyendas y personajes célebres en la literatura caballeresca, como el mito del rey Arturo, *El cantar de Roldán*, la leyenda de san Jorge

o Beowulf. Al fin y al cabo, también forman parte de la historia de la caballería y están muy relacionados: el mito nace de la caballería, pero la caballería se vio muy influida por el mito.

Como opinión personal, permítame el lector asegurarle que la Edad Media es una época fascinante, y que si encontramos apasionantes muchas de las aventuras que la ficción coloca en el medievo o viste con caballeros y reyes, más apasionantes aún son los hechos acontecidos en un período en el que Europa estuvo envuelta en guerras de unos reinos contra otros, en el que las batallas casi épicas eran habituales, en el que había hombres que cruzaban medio mundo para combatir por su religión... y en el que ocurrieron cosas que, aunque parezca sorprendente, aún hoy siguen marcando nuestra historia.

Esta obra tiene un enfoque claramente divulgativo y se centra en la caballería medieval, y nada me gustaría más que abriera el apetito al lector para seguir conociendo el período medieval y su historia, para profundizar en aquellos aspectos, personajes y hechos que le llamen más la atención. Si este libro enseña, entretiene y abre paso a la curiosidad, habrá cumplido su cometido.

1

Evolución de la caballería

Es complicado marcar los límites temporales de la época dorada de la caballería medieval, a partir de qué momento y hasta cuándo su papel en la guerra, en la sociedad, y por lo tanto en la historia, fue tan clave como para dejar la marca que hoy nos lleva a pensar en guerreros a caballo cuando pensamos en la Edad Media. Algunos autores sitúan esas fechas de referencia en torno al año 1100, para el comienzo, y los primeros años del siglo XVI, para el punto final. Se toman referencias como la Primera Cruzada, la composición de *El cantar de Roldán* o el triunfo de los jinetes normandos en la batalla de Hastings para lo uno, y la Reforma o el dominio de la artillería en el campo de batalla para lo segundo.

Es complicado establecer un punto inicial para la caballería medieval, un momento a partir del cual fuera creada o cobrara importancia, porque en realidad

toma elementos de culturas y formas de combatir previas a la Edad Media y los adapta. Los caballeros no tardaron en extender aquello que les caracterizaba como tales a ámbitos más allá de la propia guerra, y ya a mediados del siglo xii su posición se ve asociada a ciertos elementos éticos y religiosos. En las primeras novelas corteses en las que se narran aventuras caballerescas, ya se mencionan algunas de las cualidades esenciales de los caballeros, más allá, lógicamente, de su capacidad como guerreros y de su alta posición social. Entre dichas cualidades están la lealtad, la cortesía, la nobleza (como forma de conducta, no como rango social), la valentía o la audacia. Durante toda la Edad Media, estos ideales fueron asociados a los caballeros. En resumen, podríamos decir que lo que se demandaba de ellos era que su valor les guiara en el campo de batalla y su honor fuera y dentro de este. En el punto central de todo esto confluye la posición social, donde la mayoría de los caballeros eran de alta cuna, el arte de la guerra y la religión. Dependiendo del momento y de la situación concreta, veremos que la caballería da más peso a uno u otro elemento. Así, para los caballeros de las órdenes religiosas la guerra y la religión son esenciales y la parte aristocrática se diluye. En cambio, en el último período medieval, la aristocracia toma relevancia y la parte correspondiente al combate pierde su prevalencia. Lógicamente, esta visión idealizada tiene su contraste en la realidad, donde los caballeros no siempre actuaban de acuerdo con el honor y la valentía, y en no pocas ocasiones su único afán residía en la persecución del poder y de la riqueza, pasando para conseguirlo por encima de cualquier otro condicionante o valor.

La Edad Media en Occidente surge tras un período transitorio en el que la descomposición de la civilización clásica y el final del Imperio romano, compartiendo un espacio temporal, y físico, con los pueblos bárbaros, dieron



Caballeros medievales en combate, donde podemos ver diferentes armaduras y armas, tanto en los caballeros como en los animales. La actitud del derrotado es ilustrativa sobre cómo los caballeros debían mostrarse valientes y orgullosos en cualquier momento.

lugar a una nueva situación social. Las diferencias fueron diluyéndose y tanto romanos como bárbaros fueron integrándose, haciéndolo también su religión y su organización. Aparecieron reyes que construyeron su poder sobre el apoyo de una aristocracia que también luchaba por ampliar su capacidad de influencia. La progresiva desarticulación de un poder único y global, como había sido el gobierno romano, dio lugar a que la unión entre el rey y los habitantes de su reino fuera cada vez más débil, donde el control de aquel no llegaba a las amplias extensiones de terreno que pretendía dominar y por lo tanto surgió la autoridad intermedia de los aristócratas, que sí podían controlar y defender las tierras y sus habitantes de las amenazas externas y además mantener el orden. Así, a estos nobles se les entregaban tierras, derechos y beneficios, a cambio del control y la defensa de los territorios. Cumplían un servicio para su superior, el rey, pero también para las capas inferiores de la sociedad, que

recibían protección y orden. Estos señores contaban con hombres armados a su servicio, ya que de otro modo no podían llevar a cabo el cometido que había surgido en la sociedad.

El ejército romano era profesional, a cambio de una paga y el sustento básico, los hombres se alistaban durante un determinado período de tiempo. Estaba organizado en unidades y sus integrantes recibían una formación que les permitía combatir de manera organizada y eficaz. La protección del ejército daba seguridad al resto de ciudadanos, dando lugar a la conocida Pax Romana, donde el propio temor a la fuerza militar y al poderío del Imperio, mantenía a sus enemigos alejados y calmados. Este patrón se extinguía y nuevas formas de conseguir básicamente lo mismo tenían que ponerse en marcha.

La época de Carlomagno, rey de los francos

Carlos I el Grande, conocido popularmente como Carlomagno, se erigió como rey de los francos en el año 771, y su poder y territorios fueron aumentando de tal modo que, en el año 814, cuando falleció, era emperador de gran parte de Europa occidental. En el año 800 se había coronado como emperador en Roma, pero en realidad su legitimación para dicho título estaba en su fuerza, en los guerreros que le permitían aumentar año tras año sus dominios. A menudo las luchas se disputaban lejos de su zona natural de influencia, lo que le obligaba a pasar mucho tiempo lejos de sus tierras, convirtiendo a los guerreros que le acompañaban en verdaderos expertos en el arte de la guerra. No tardaron en llegar mejoras a las armas y al equipamiento de estos hombres, demostrando que un guerrero bien protegido y bien armado era un pilar sobre el que se podía levantar un imperio. A cambio,

un buen yelmo, una cota de malla bien construida o una buena espada, eran elementos cuyo coste no estaba al alcance de los campesinos. Carlomagno decidió entonces que formaría el núcleo sólido de su ejército con hombres que fueran suficientemente ricos como para equiparse bien, ya que un grupo reducido de hombres entrenados y dotados de los elementos necesarios para el combate era mucho más efectivo que un ejército numeroso de campesinos mal armados. Admitía, no obstante, la posibilidad de que los menos pudientes de entre sus súbditos se unieran y así, con la aportación de cuatro o seis personas, consiguieran el capital suficiente para equipar a un guerrero. De facto, aquella forma de organizar la guerra estructuró también a gran parte de la sociedad, dividiéndola entre los que luchaban y los que trabajaban y pagaban a los que luchaban.

Se conserva de aquel tiempo una orden escrita al poderoso y rico abad de Altaich, en la que se le ordena dotar a un grupo de soldados con alimentos para tres meses y ropas para seis. En la misma nota se describen las necesidades en cuanto a armamento que debe cubrir por cada hombre: «[…] cada jinete debe tener un escudo, una lanza, una espada, una daga, un arco y un carcaj». No se menciona expresamente la protección de la que debía disponer el guerrero, lo que hace suponer que la necesidad de la cota de malla y del yelmo para la cabeza se daba por sentado. En cambio, conviene resaltar la mención del arco, un elemento del que muchos renegaban, ya que la tradición establecía que un auténtico guerrero debía pelear hombre a hombre y con una espada. A pesar de ello, prevaleció con el paso del tiempo la tradición al deseo de incorporar el arco en el ejército carolingio.

En combate, el caballo era esencial, y por lo tanto era otro gran coste a añadir a la lista de los que tenía que soportar un guerrero. Un buen caballo de guerra era caro



Coronación de Carlomagno por el papa León III, en Roma en el año 800. Fue el día de Navidad y de algún modo restauraba así el Imperio romano de Occidente. En aquel momento, el ocupante del trono de Constantinopla era una mujer, Irene, y eso provocó por una parte la excusa para coronar a Carlomagno y, por otra, controversia y enfrentamientos.

de mantener y entrenar, y no era conveniente montar en los largos desplazamientos el mismo animal que luego entraba en combate, por lo que habitualmente se necesitaban varios animales, es decir, el coste completo de un hombre dispuesto para la guerra aumentaba. Si bien nunca desapareció la infantería, los soldados de a pie, el paso del tiempo fue colocando en una posición privilegiada en la guerra, y por lo tanto en la sociedad, a los caballeros.

El Sacro Imperio Romano de Carlomagno, a la muerte de este, comenzó a fracturarse, mostrando claramente que era complicado gobernar un territorio tan extenso. La incapacidad del heredero, Luis el Piadoso, para mantener a raya las ambiciones de sus hijos, de los nobles, de los condes y de los duques, degeneró en una consecución de enfrentamientos internos que acabaron

dando lugar una gran escisión en torno al año 870, de la surgieron el reino franco (Francia) y el reino germánico (Alemania). De nuevo la guerra era el eje central y volvían e erigirse como miembros destacados de la sociedad aquellos hombres que mejor podían desempeñar su papel en dicho contexto. Los condes y duques tenían bajo su mano a los guerreros que, unidos, podían hacer moverse la balanza hacia un lado u otro. Mantener un grupo poderoso de guerreros, listos para la guerra, permitía a los nobles forzar a su rey a que les entregara más tierras, más poder y a conseguir algo que hasta entonces había sido complicado, que todo lo acumulado fuera heredado por su descendencia.

Más allá de estas fronteras, pueblos del norte, como los vikingos, se movían también extendiendo sus zonas de influencia, las zonas donde comerciaban o que trataban de conquistar y dominar. Con Carlomagno parece que la tardía Antigüedad da sus últimos pasos y deja su lugar en la historia de la civilización de la Europa occidental a otro período, un temprano Medievo, o dicho de otro modo, el comienzo de la Alta Edad Media.

El vasallaje, la base de la sociedad medieval

Las relaciones de fidelidad entre la monarquía y la alta nobleza nacieron muy pronto en la Edad Media, de hecho, en los albores de la Alta Edad Media, podemos encontrar ya textos al respecto, como aquel en el que un noble cierra su acuerdo de vasallaje con Pipino III de los Francos, más conocido como Pipino el Breve, o lo que es lo mismo, con el padre de Carlomagno: «Y allí fue Tassilón, duque de Baviera, encomendándose en vasallaje por medio de las manos. Prestó numerosos juramentos, innumerables, poniéndose las manos sobre las reliquias de



Ceremonia de vasallaje de un hombre a su señor, sentado, mientras un escribiente toma nota. Este acuerdo obligaba a la lealtad y sumisión, y estaba regulado por un acuerdo, por lo que era importante la labor de ese escribiente. Faltar al acuerdo podía suponer la ruptura definitiva del mismo.

los santos y prometió fidelidad al rey Pipino y a sus ya mencionados hijos, Carlos y Carlomán, como un vasallo de espíritu recto y de firme devoción, de derecho, debe serlo para sus señores».

Esas alianzas de vasallaje, esas relaciones entre nobles y monarquía, entre señores y caballeros, se centraban en la capacidad militar y en la fuerza. De acuerdo con el texto *Capitularia Regum Francorum I*, podemos ver cómo los hombres libres tenían ciertas obligaciones militares en el siglo IX en la Europa carolingia:

> Que todo hombre libre que posea cuatro mansos habitados, bien en alodio, bien en beneficio de alguien, haga sus preparativos y se dirija por él mismo a la hueste, con su señor, si este último también concurre, o con su conde. Que el poseedor de tres mansos se asocie al de un manso, al cual ayudará para que pueda servir por ambos. Que el poseedor de dos mansos se asocie a otro de

> dos mansos, y que uno de ellos, a costa del otro, concurra a la hueste. Que el poseedor de un solo manso y que tres hombres que asimismo tienen uno sean asociados y den su ayuda al que concurra a la hueste. Los tres hombres que ayuden permanecerán en sus tierras [...].

Un manso era la porción del feudo que era concedida a cada siervo para su explotación, por lo que el texto venía a organizar los deberes en función del terreno que se había asignado y del que se disfrutaba. Además, se daban indicaciones para responder a la llamada militar fuera cual fuera el poder, pudiendo aunar esfuerzos entre los más modestos para ser capaces de generar fuerza para la guerra, a la vez que otros hombres se mantenían en el campo trabajando y administrando los dominios.

El origen de la caballería medieval

Durante la Edad Media, la caballería era la fuerza dominante en los combates. Pero no quedaba ahí, en la guerra, la misión del caballero, sino que toda su vida, y la de aquellos que colaboraban con él, estaba dirigida por una forma de ver la vida y unas reglas generales. Hasta llegar a este punto, en el que la importancia de la caballería fue tal que se mostró como un vértice en la vida medieval, los caballos y los caballeros habían cambiado y evolucionado con los tiempos, y lo habían hecho haciendo cambiar también a la sociedad. Un camino que había comenzado varios siglos antes, cuando el Imperio romano se veía obligado a defender sus largas fronteras, como ya hemos indicado.

La caballería, como elemento de combate, código de conducta y estrato clave en la estructura social, va unido al mundo de la nobleza. Desde el siglo XI a comienzos del siglo XV, se puede hablar de caballería, si bien, como es

lógico, cubrir un período de varios siglos hace que cualquier definición global tenga que ser obligatoriamente demasiado sintética. En sus orígenes, la condición caballeresca no es más que una técnica de combate, una forma de ir a la guerra, que se mostró como predominante. Con el paso del tiempo, como veremos, la caballería se tornó en un hecho más social, asimilando en muchos casos la caballería con la nobleza.

Desde comienzos del siglo xi la importancia de la caballería en combate se fue acrecentando de manera significativa, con la incorporación de elementos que permitían al caballero luchar con mayor eficacia. La llegada a Europa del estribo, invento oriental, permitió a los jinetes tener mayor estabilidad sobre su montura y además poder controlar a esta de una forma más sencilla. Desde esa nueva posición, los guerreros montados podían cargar contra el enemigo lanzados a la carrera, comenzando también a usar la lanza de manera diferente a como se venía utilizando, como veremos más adelante.

En un primer momento, la palabra latina *miles* era empleada como un término general para designar a cualquier soldado profesional. La evolución de esta palabra durante los siglos xi y xii nos acerca a la evolución de la propia caballería, ya que entonces se comenzó a utilizar la palabra *miles*, cuyo plural es *milites*, para denominar al guerrero a caballo. En el propio uso de la palabra podemos ver cómo la función caballeresca va tomando relevancia en la sociedad, ya que en el siglo xi tan sólo se utilizaba por parte de los más modestos, por ejemplo, en los documentos que presentan una lista de testigos, y no por parte de nobles. En el siglo xii, en cambio, también se reivindican como *milites* estos últimos, y por lo tanto se muestran dispuestos a llevar la forma de vida y valores que se atribuyen o esperan de un caballero. Así, ese uso del término nos muestra cómo la caballería cobró prestigio en

esa época, cómo ser caballero significaba algo importante dentro de la sociedad. No sólo por el componente bélico, sino también porque se trasladaban a la persona los valores e ideales que se le suponían al caballero. Por otra parte, ya hemos mencionado el coste significativo que conllevaba el ser caballero, por lo que ser reconocido como tal, implicaba reconocer también riqueza y poder.

Las técnicas de combate habían dado lugar a diferencias entre los *milites*, que eran jinetes, y los *pedites*, que eran soldados que combatían a pie. Para la nobleza la guerra era una práctica indispensable, un modo de vivir que incluso cuando no se ejercía directamente, marcaba su razón de ser, otorgaba y sostenía su poder y además eran la fuente de recursos y riqueza para ese importante grupo social. Así, no es de extrañar que siendo los caballeros el grupo predominante en el campo de batalla, y la guerra la actividad principal de la nobleza, estos se identificaran de manera casi general y estrecha con la caballería. En Francia ocurrió de manera más temprana, mientras que en otros territorios predominó durante algún tiempo la condición de noble que otorgaba la sangre y la estirpe sobre el honor de pertenecer a la caballería. En cualquier caso, poco a poco se produjo la confluencia entre caballeros y nobles y ya a finales del siglo XII la integración es total y la caballería se eleva de condición social y sus integrantes gozan del prestigio y el poder que les otorga ser el grupo dominante y privilegiado dentro de la pirámide que daba forma a la sociedad medieval.

En los reinos hispánicos de la península ibérica, donde la Reconquista marcaba unas necesidades militares muy elevadas y constantes, la configuración de la caballería como un pilar poderoso fue aún más clara y rápida. La situación guerrera fue tan extrema, que casi únicamente la posesión de lo necesario para el combate, el caballo y las armas, hacían a su propietario ascender en la sociedad.

Esa misma necesidad, que abría oportunidades para los que tenían lo mínimo imprescindible para combatir, determinó que los hombres que tenían cierta riqueza estuvieran obligados a acudir a la guerra ante la llamada de su señor, procurándose todo el equipo para ello. Estos eran los caballeros de cuantía o de premia, que debían combatir a caballo o afrontar una severa multa si no lo hacían. La época de la Reconquista, que dio lugar a multitud de enfrentamientos, tanto entre religiones como entre los propios reyes cristianos, desembocó en la adquisición de rango nobiliario ganado en combate por muchos hombres, lo que dio lugar una significativa pujanza de la caballería.

Las Cruzadas

En el año 1095, el papa Urbano II convocó una importante reunión en Francia, en la localidad de Clermont, y expuso allí frente a un buen número de nobles y caballeros la complicada situación por la que estaban atravesando los cristianos en Oriente. Los turcos selyúcidas habían destrozado al ejército del emperador oriental y Asia Menor había caído en poder de los musulmanes, incluyendo Tierra Santa. En esta situación, acudir en peregrinación a los lugares donde Cristo había vivido y predicado se convertía en una aventura muy peligrosa, más allá de la cierta deshonra, a los ojos del papado, que suponía que aquella parte del mundo que era tan fundamental en el origen del cristianismo estuviera gobernada y dominada por infieles. Durante siglos, la Ciudad Santa, Jerusalén, había permanecido en manos musulmanas, pero los nuevos gobernantes eran más estrictos y duros que los anteriores y los cristianos ya no eran bienvenidos. De nuevo a los ojos del papado, el deseo de Dios era recuperar esos Santos

Lugares, y así lo proclamó el papa durante la reunión en Clermont, lo que animó a los allí reunidos a gritar «¡Dios lo quiere!» y a hacer gala de su fervor religioso, asegurando que ponían su voluntad y esfuerzo en la nueva empresa, que no era otra cosa que embarcarse en una guerra para reconquistar Tierra Santa.

Esa misión, casi divina, se extendió por Europa y pronto se formó una expedición de campesinos y gente sin muchos recursos, que avanzaron hacia Oriente, liderados por Pedro el Ermitaño. Mendigando y sin mucho que ofrecer, llegaron a Constantinopla, donde el emperador se sintió profundamente defraudado ya que la ayuda que había solicitado y esperaba no era una procesión de campesinos guiados por la fe, sino un ejército armado y suficientemente fuerte como para plantar cara a sus enemigos. Este primer intento de cruzada, que en verdad fue un preludio y que no puede ser considerado como tal, aunque se le conoce como la Cruzada de los Pobres, acabó en desastre y fue aniquilado por los selyúcidas en octubre de 1096.

La Primera Cruzada, la que llevó a los caballeros al combate en Oriente, tardó algo más en organizarse que la expedición de Pedro el Ermitaño, y estuvo compuesta por guerreros, por nobles de las mejores casas, por hombres de las familias reales y su objetivo y forma de acometer la llamada del papa eran muy distintos del caso anterior. Si bien la fe y la religión eran la excusa y en algunos casos el motivo principal, lo cierto es que entre los hombres de la Primera Cruzada había algunos que buscaban conquistar nuevas tierras, riquezas, oro, aventuras, honor... había hijos menores de familias importantes, que buscaban así aumentar su honor y patrimonio, sabiendo que a través de la herencia no obtendrían mucho; había hombres que tenían pocas riquezas o muchos problemas en sus territorios de origen y buscaban de esta forma cambiar de vida.



Luis VII de Francia combatiendo en Tierra Santa durante la Segunda Cruzada. Este rey fue uno de sus líderes y en aquella empresa le acompañó su esposa, Leonor de Aquitania. El matrimonio se anularía tras la cruzada.

En definitiva, muchas eran las razones interiores, pero exteriormente el grito de ¡Dios lo quiere!, morir como mártires luchando por la cristiandad y la religión, eran la razón de todo aquello. Aquella llamada papal y la organización de la cruzada, dieron lugar a un nuevo entorno en el que muchos caballeros se dispusieron a combatir, a buscarse su forma de vida e incluso a aumentar sus riquezas y poder mediante las armas.

A medida que avanzaba el viaje hacia Oriente, los cruzados comenzaron a tener problemas logísticos y de abastecimiento, por lo que se separaron en dos columnas, para aumentar así las oportunidades de conseguir provisiones. Los turcos compusieron un gran ejército cuyo elemento principal eran los arqueros a caballo y se lanzaron contra una de las columnas, pero los francos, como se nombraba a los caballeros europeos por parte de los musulmanes de Oriente, cargaron contra ellos y les obligaron a retroceder. La poderosa carga de la caballería

pesada era temible, pero los turcos volvieron una y otra vez a acercarse con sus caballos, más ligeros, y a disparar con sus arcos contra los cruzados, que comenzaban a estar cansados. Estas formas de combatir, como veremos más adelante, son características de los caballeros de uno y otro bando. La situación se hacía crítica para los cristianos, cuando por detrás de las filas turcas apareció la otra columna de cruzados y llevó a cabo un ataque decisivo y letal, derrotando a los turcos. Aquello fue la batalla de Dorilea y tuvo lugar el primer día de julio de 1097, llenando a los cruzados de optimismo y de confianza en el éxito de su empresa.

Durante dos años, los cruzados continuaron su viaje, combatiendo y conquistando territorios y ciudades, discutiendo sobre la mejor forma de actuar y contraponiendo intereses, lo que provocó un buen número de enfrentamientos en sus filas. Pero tras esos dos años, en el año 1099 consiguieron recuperar Jerusalén, arrebatándosela a su enemigo y creando el reino cruzado de Jerusalén. Tras esa hazaña, que era el objetivo principal de la cruzada, muchos de los caballeros occidentales regresaron a su tierra de origen, pero otros muchos se quedaron en Oriente y recibieron tierras, creando allí un sistema feudal similar al europeo.

A partir de entonces, los largos períodos de paz se interrumpieron con enfrentamientos y guerras, y en muchos casos los cruzados lograron vivir sin problemas precisamente porque sus enemigos, los musulmanes, eran a su vez enemigos entre sí, lo que evitaba que pusieran a los cristianos en su punto de mira. También había buenos acuerdos entre cristianos y musulmanes, algo que escandalizaba notablemente a muchos de los recién llegados a Tierra Santa desde Europa, que no acertaban a comprender el buen entendimiento, por interés, entre cristianos y musulmanes.